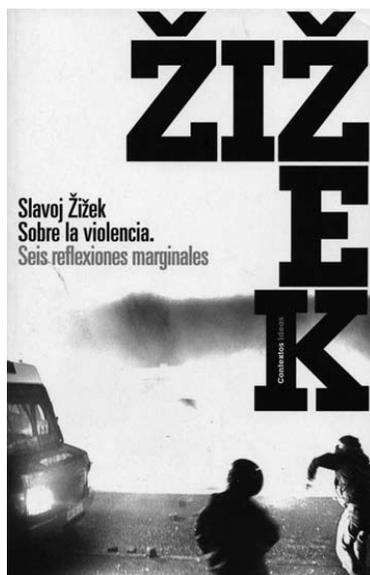


Slavoj Žižek:
Sobre la violencia.
Seis reflexiones marginales

Paidós, Buenos Aires, 2009.

Por Guido Munari



Si hay algo en la obra de Slavoj Žižek que llama la atención es su habilidad para entretejer, no sin un encanto sugestivo, sus análisis teóricos con ejemplos de la cultura popular. Así, en cada uno de sus trabajos, el filósofo esloveno nos introduce en una danza argumentativa en la que se intercalan Lacan con Hitchcock, Hegel con Wagner y Marx con Bertolt Brecht, además del acervo de chistes y anécdotas que salpican sus escritos. Con todo, no es de extrañar que la opinión de los lectores se divida en dos posiciones fundamentales: por un lado, una afinidad ciega, compulsiva con el punto de vista del autor, y por otro, una desconfianza, no menos tajante, hacia la estrella *pop* de la academia que Žižek pareciera personificar. Dejando de lado este *señuelo* – tanto de la sugestión como de la crítica fácil – que el estilo del autor despliega, se vuelve necesario adentrarnos en su obra hacia una capa de sentido más profunda, allí donde se forjan los conceptos. Un cruce a menudo

fecundo entre corrientes de pensamiento tales como el idealismo alemán, el marxismo académico y el psicoanálisis lacaniano habilita un ejercicio crítico cuya manifestación más patente es el pensamiento de la paradoja. Allí, una apariencia universal deja traslucir una posición particular – o viceversa –, de igual modo que la crisis permanente del capitalismo impulsa el desarrollo de las fuerzas productivas, o el éxito de una pulsión resulta de su mismo fracaso. Un Hegel revitalizado en pleno auge de la cultura posmoderna, un Marx redimido de los fracasos del estalinismo y un Lacan renovado tras las críticas al estructuralismo conformarán la punta de lanza de la intervención de Žižek en los debates contemporáneos.

En 2009, Paidós edita *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Presentado como sucesión de movimientos musicales que no parecieran trabar una sinfonía, o acaso como una dispersión de tesis que no conformaran

una teoría acabada, el texto indaga en los distintos fenómenos de violencia que se presentan en la actualidad, desde el fundamentalismo religioso hasta la violencia anónima del modo de producción capitalista, así como la violencia velada que anida en el discurso de la tolerancia liberal.

En las primeras páginas, el lector se topará con el problema del método: ¿Cómo acercarnos de manera reflexiva, productiva al objeto *violencia*? Distanciándonos de su dimensión traumática, advertirá Žižek, pues “el horror sobrecogedor de los actos violentos y la empatía con las víctimas funcionan sin excepción como un señuelo que nos impide pensar” (p.12). A continuación, el autor nos introduce en el análisis propiamente dicho de la violencia, distinguiendo tres variantes de la misma: la violencia *subjetiva* –aquella directamente visible, perpetrada por un agente que podemos identificar al instante–, la violencia *objetiva sistémica* –inherente a los procesos económicos capitalistas y a los sistemas políticos– y la violencia *objetiva simbólica* –puesta en escena por el lenguaje. La violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia, se ve como una perturbación del estado de cosas “normal” y pacífico. La violencia objetiva es precisamente la violencia inherente a este estado de cosas “normal”, es invisible.

Para Žižek, es en esta violencia invisible en donde debemos poner el foco de atención, ya que es el verdadero espacio de surgimiento de la violencia manifiesta de los agentes. “El destino de un estrato completo de la población, e incluso de países enteros, puede ser determinado por la danza especulativa «solipsista» del capital, que persigue su meta de beneficio con total indiferencia sobre cómo afectará dicho movimiento a la realidad social” (p.23). De este modo, el autor apela a George Soros y a Bill Gates como paradigmas de los

“liberales-comunistas”, aquellos quienes, suscribiendo íntegramente a los postulados del capitalismo tardío, pretenden encubrir de manera hipócrita las consecuencias de la lógica capitalista realizando grandes obras de caridad. Su persecución compulsiva del beneficio se ve contrarrestada, en palabras de Bataille, por un “gasto soberano”, improductivo, en bien público, artes y ciencias, salud, etc., una máscara humanitaria que les permite romper el círculo vicioso de la reproducción ampliada, negándose a sí mismos como mera personificación del capital.

Otra forma de velar esta violencia sistémica es la *culturización de la política*. ¿Por qué hay tantas cuestiones hoy en día que se presentan como problemas de intolerancia más que como problemas de desigualdad, explotación o injusticia? “Las diferencias políticas –señala Žižek–, derivadas de la desigualdad política o la explotación económica, son naturalizadas y neutralizadas bajo la forma de diferencias «culturales», esto es, en los diferentes «modos de vida», que son algo dado y no puede ser superado. Sólo pueden ser «tolerados»” (p.171). En estas líneas, el lector podrá vislumbrar las condiciones de surgimiento y las contradicciones de esta *razón tolerante*, y su vinculación con el violento proceso de extrañamiento de un mundo de vida particular que la lógica capitalista impone. En otras palabras –y aquí resuena *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari–, el capitalismo “es el primer orden socioeconómico que *destotaliza el sentido* (no hay visión del mundo capitalista)” (p.95); es el primer orden que, al operar por *destrritorialización y descodificación*, despoja a la población de una “cartografía cognitiva” significativa. Žižek encuentra allí los fundamentos de la tolerancia liberal: sólo un sujeto despojado de sus raíces culturales puede ser tolerante con otras culturas, y he aquí el *quid* de la cuestión, sólo en la medida en que el otro se le presenta como un otro domesticado,

como igualmente desprovisto de un arraigo cultural. En esta situación, cobra relevancia el fenómeno del *miedo*: “La actual tolerancia liberal hacia los demás, el respeto a la alteridad y la apertura hacia ella, se complementa con un miedo obsesivo al acoso. Dicho de otro modo, el «otro» está bien, pero sólo mientras su presencia no sea invasiva, mientras ese otro no sea realmente «otro»” (p.57).

Es significativo que, en estas coordenadas, la única oposición al sistema provenga de estallidos de violencia sin sentido. El autor analiza los disturbios de París de 2005, en los que se produjo una quema masiva de automóviles en los *banlieues* de la capital francesa, y los cuales sin embargo no prosperaron políticamente. Estos hechos son, señala Žižek, un síntoma de aquella pérdida de una “cartografía cognitiva”, pérdida de la cual se vuelve imposible el surgimiento de una oposición al sistema con una alternativa realista, o al menos un proyecto utópico con sentido. Esta situación habilita el mero *pasaje al acto*, “un movimiento impulsivo a la acción que no puede ser traducido al discurso o al pensamiento y que conlleva una intolerable carga de frustración” (p.95).

Reflexiones sobre la violencia da cuenta de otra forma de violencia actual, aquella cuyo origen se encuentra en el fundamentalismo religioso. Acudiendo a la perspectiva psicoanalítica, Žižek analiza el fundamentalismo como un fenómeno de *perversión*. El perverso es aquel que se presta como instrumento para cumplir con los designios del gran Otro, es decir, quien cree que sus acciones están supeditadas a una meta *divina* superior que debe ser cumplida incondicionalmente, más allá de los efectos perjudiciales que pudiera acarrear. De este modo, el fundamentalista religioso justifica sus actos terroristas como manifestaciones de un designio divino –he

aquí la paradoja “*si Dios existe, todo está permitido*”– y se cree él mismo un representante directo de Dios en la Tierra. Frente a esta “suspensión fundamentalista de la ética religiosa”, Žižek reivindica con entusiasmo el ateísmo: “Los fundamentalistas hacen (lo que perciben como) buenas acciones para cumplir la voluntad de Dios y para merecer la salvación; los ateos simplemente las hacen porque es lo correcto” (p.165) Cuando realizo una buena acción, no lo hago con perspectivas de ganar el favor divino, sino porque no puedo proceder de otro modo. Una acción moral es por definición la propia recompensa.

En este texto, Žižek retoma el concepto de *violencia divina*, acuñado por Walter Benjamin¹ y problematizado posteriormente por Giorgio Agamben.² En primer lugar, lo define negativamente, esto es, confrontándolo con el concepto de *violencia mítica*. En palabras de Benjamin, “la violencia divina constituye la antítesis de la violencia mítica en todos los aspectos. Si la violencia mítica instaura el derecho, la divina lo destruye; si aquella pone límites, ésta destruye sin límites; si la violencia mítica inculpa y expía al mismo tiempo, la divina redime; si aquella amenaza, ésta golpea”.³ La violencia divina no sirve a ningún medio, ni siquiera al castigo de los culpables para así restablecer el equilibrio de la justicia, “es tan sólo el signo de la injusticia del mundo, de ese mundo que éticamente «carece de vínculos»” (p.236). No existe ninguna instancia superior que garantice su naturaleza divina, se trata de una decisión (matar, arriesgar o perder la vida) tomada en total soledad, sin la cobertura del gran Otro, pues el riesgo de interpretarla y asumirla como divina pertenece totalmente al sujeto.

¹ Walter Benjamin, *Hacia una crítica de la violencia*, en *Obras completas*, vol. 1, Ábada, Madrid, 2007.

² Giorgio Agamben, *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia, 1998.

³ Walter Benjamin, op. cit., p. 202.